

EL RÍO, EL PUENTE Y LA ALAMEDA

RAÚL PORRAS BARRENECHEA

PALABRAS CLAVE: HISTORIA - CIUDADES - POBLACIÓN.

(...) El análisis de la evolución histórica limeña nos lleva a la convicción de que hay en Lima una historicidad latente, que ha surgido de la tierra y de la vida, en que se funden contribuciones del alma y de la técnica indias, desde la lejana aldea yunga que dio vida al paisaje agrícola, a la acequia fecundadora y a la huaca preñada de conjuros mágicos, con las enseñanzas occidentales del colonizador, su fe y su hidalguía, patentes en su comprensión cristiana de la convivencia social, de la preocupación cultural y el señorío de la casa y de las costumbres. Esas fuerzas vivientes se cristalizaron en el templo barroco, fruto de una angustia conturbada de eternidad y de sentido agónico de la vida, y en la casa solariega colonial, llena de luz, de aire de espacio y de silencio, “los grandes lujos benedictinos”, según la expresión de Butler. Frente a ellas y, amenazando cortarlas de raíz, surge la técnica nueva de las ciudades industriales, las megalópolis norteamericanas, con su mecanización oprimente, sus espacios limitados, su identificación de la estructura de la casa familiar con la de la fábrica o el garaje o el invernáculo de hierro y vidrio. La incorporación del rascacielos a nuestro panorama urbanístico, con su “arquitectura de palomar” y la de la casa de departamentos con su sordidez de espacio, incoherencia celular para la amistad y la cohesión social y mancomunidad de molestias y de ruidos, es ajena a nuestro módulo espiritual, hostil al viejo paisaje arquitectónico de torres y miradores y contrario a las modalidades de nuestro habitat geográfico, llano inmenso donde el espacio sobra, el suelo se resiste a las moles pesadas y la altura tiene deparada, desde la etapa de Pachacamac, el castigo de las fuerzas telúricas burladas. El invernáculo de vidrio americano o vidriera de exhibición está reñido, por lo demás, con nuestro concepto de la vida familiar, de “hortus clausum” colonial, resguardado por celosías y ventanas. En él prospera una cierta forma de impudor creciente que del “hombre en mangas de camisa” que fue Walt Whitman, el poeta de la democracia americana en el siglo XIX, ha pasado sucesivamente, a través de la flapper y del cine, a la exhibición seminudista del hombre del slack, que es de toda la camisa afuera del “two-pieces” o del bikini y del ciudadano en calzoncillos de las playas tropicales, con su moral correspondiente de cuarto de baño trasladado al aire libre y su estética arquitectónica de brillo aporcelanado y llaves de artefactos niquelados. La arquitectura del vidrio no se

acopla tampoco a nuestra escasez de policía, ni con el estado de nuestras costumbres, que no han descartado la posibilidad de los apedreamientos ni la pedrada prehistórica del mataperro limeño. Es tiempo de recuperar la experiencia acumulada de nuestra tradición y volver a la vivienda clara, amplia, silenciosa, con el olor y el aire de nuestro propio paisaje y de nuestras necesidades morales.

Urge, por esto, mantener vivo el culto de nuestra tradición histórica subsistente en monumentos, en láminas y en libros. El único pasado arcaico digno de eliminarse es aquel que no es nuestro, que no sentimos o que tratamos de vivir falsamente, con propósito espúreo. Debemos volver a nuestros patios, a nuestros balcones, a nuestras huertas, a todos los espacios abiertos, sin humo, ni ruido, ni hollín urbanos, con un regionalismo sano al que las modernas técnicas urbanísticas ligan más con el futuro que con el pasado. Nos corresponde ser custodios libres de nuestra herencia cultural e histórica, amenazada diariamente con la supresión intempestiva, la suplantación legendaria, el remedo extranjero o la estructura exótica e inaparente.

El pasado de Lima no es solo nuestro, sino de la cultura universal. A nosotros nos toca no dejarlo perecer ni ahogarse en la estandarización creciente de la vida mundial. Havellock Ellis, el autor de *Alma en España*, declara que desembarcó con su padre, siendo niño, en una ciudad del Pacífico, ciudad de zaguanes y de patios luminosos, de jardines entre cancelas, de iglesias y retablos dorados y que en ella, en nuestra Lima, se enamoró para siempre del alma de España. Marcel Monnier hallaba que en el bullir mestizo y en el juego de luces de muchas ciudades del Pacífico, en Singapur, en San Francisco o en Batavia y en florecientes ciudades norteamericanas faltaba algo que encontraba en Lima: “ella posee —decía— la poesía de los viejos recuerdos, la personalidad viviente que el tiempo da a las cosas”. Esto es lo que no debe arrancarse para que no se convierta en una ciudad anodina y de simple reflejo.

Por incuria y dejadez, por falta de divulgación de nuestros valores históricos, se han arrasado estos, sistemáticamente, en los últimos cincuenta años. El siglo pasado vio recortar los conventos de San Agustín, de la Merced, de la Encarnación, de Santa Ana y de la Concepción para instalar el mercado (que ahora llaman market). Un hombre de nuestra generación que halló al nacer una Lima llena de prestancia arquitectónica e histórica, única en Sudamérica, ha visto desaparecer sucesivamente destruidas por la picota, y no por el tiempo, en aras de cualquier interés oportunista, la iglesia de la Caridad y el local de la vieja Universidad de San Marcos en la Plaza de la Inquisición, con sus claustros centenarios, su fachada venerable y el salón general de actos en que funcionó el primer Congreso Constituyente del Perú, donde se escuchó la voz de Unanue, Sánchez Carrión, San Martín y Bolívar y que, en otra parte, hubiera sido objeto de reverencial respeto y cuidado. Ese mismo hombre vería demoler la casa de Olavide, el pequeño relicario de la Iglesia de Belén, para dar paso a una avenida que pudo desembocar cien metros más lejos; romper el circuito auspicioso de la Plaza de la Recoleta, que pudo circundarse dejándole su paz; cortarse Santa Clara, recodo característico de la vieja ciudad; caer fulminada la Iglesia de Desampa-

rados, refugio místico de Conde de Lemos y esfumarse los retablos de Guadalupe. El urbanicidio ha tendido otras veces, con sadismo visible, a alertar la fisonomía esencial del monumento o a destrozarse su armonía o su trazo histórico inmemorial, como en el caso de la mansión de la Perricholi, convertida en dependencia de una panadería, o en el inexplicable caso de haber situado junto a la Recolectión de los Descalzos, máxima expresión de silencio de la ciudad colonial, el Club Revólver. En los últimos años hemos presenciado, también, por obra del mismo desborde edilicio, el desbarate de la Plaza Mayor, rotas sus líneas históricas y abatidos sus portales y balcones de rancia prosapia republicana, desaparecer Santa Teresa y parte de San Pedro y mutilarse el gran cenobio franciscano, orgullo de la ciudad e isla de silencio, con sus siete claustros, lámparas de arte y de piedad encendidas en el siglo XVII. Aún los manes republicanos han recibido agravio con la disolución del Parque de la Exposición, gran muestra urbanística del siglo XIX, con sus jardines, bosquesillos y zonas de recreo, probablemente único en su época de Sudamérica. En 1862, en el mismo afán de descaracterización o de innovación irracional y con la protesta de don Ricardo Palma se desbautizó a las calles de Lima, que debieran seguirse llamando Santo Domingo, de la Merced, del Arzobispo, de San Francisco, de San Agustín, de Jesús María, de la Recoleta —en sus jirones esenciales— y se les reemplazó por el fácil y barato repertorio geográfico de los nombres de provincias, sin conexión con la historia y la leyenda propias de la ciudad. Y, hace poco, se dio el nombre de República de Panamá —que cuadraría bien en cualquier parte— a la Avenida Limatambo, eliminando de nuestra nomenclatura urbana el nombre del sitio originario de la ciudad y se rechazó llamar Avenida Ricardo Palma a la Avenida Abancay, recién abierta y que tiene otro tramo con este nombre, rehusando asociar al más insigne nombre de nuestra literatura y de la historia limeña, a la calle en que reconstruyó la Biblioteca Nacional y vivió sus años de madurez y de gloria.

Entretanto, proponía yo, en el Club de Leones, que en las vegas del Rímac, en los claustros y en los solares históricos, donde deben vagar las sombras destructoras de Pachacamac, Carlos III y Matías Maestro, se pidiese una tregua, y que se nos dejase, por lo menos, a los limeños viejos, el río hablador de los yungas, el puente de cal y canto de Montesclaros y de los románticos y la Alameda de Micaela Villegas o de Merimée, incorporada a la leyenda universal de Lima y que los frailes, dentro de sus claustros amenazados, agreguen, entre sus rezos matutinos, este ruego suplicante para la ciudad: “De los alcaldes, de los terremotos y de los urbanizadores, líbranos Señor”.